



CULTURA Y COMUNICACION

Eugenia Meyer

Comunicación y liberación: tareas de la Historia

Historia oral: historia viva, historia de masas.

Las condiciones actuales de la historiografía latinoamericana —entendida como unidad y salvo escasas excepciones— parecen mostrar una tendencia oficialista, maniquea, como instrumento de justificación de la clase en el poder, que en ocasiones da pie a la deformación, manipulación e incluso tergiversación de ciertos procesos. Así la historia oficial, privilegio de quienes ostentan el poder, puede encasillar, maniatar o limitar la llamada “verdad histórica”. Por lo tanto, el historiador debe comprometerse a buscar la forma y los medios de entregar a la sociedad una visión interpretativa, despojada de cualquier imposición; visión que se refiere a los diferentes procesos y que permita en última instancia mantener un diálogo entre pasado y presente. Comunicar la interpretación a la que el historiador llega luego de escudriñar en el pasado, buscando en documentos, en libros, en memorias o testimonios, sean directos o indirectos, plantea en sí y de por sí, el verdadero significado de su acción reflexiva.

Plantea también, al final de cuentas, un compromiso ideológico y una misión: la de informar, la de comunicar los resultados de su trabajo, de su análisis y de sus conclusiones. Esto es: el historiador se pregunta qué va a historiar, para quién y cómo realizará su tarea. Tarea que sólo se entiende como completa si logra devolver la historia a quienes son sus hacedores: los hombres, la comunidad, la sociedad misma. Es, de hecho, la forma en que el historiador finiquita su deuda con sus congéneres y la única válida —creemos— con que realmente da sentido al contenido de su trabajo. Porque cómo justificar de otra manera la misión del historiador que, en ese diálogo de pasado a presente y de presente a pasado, en ese hurgar, en ese atreverse a indagar en las mentes de viejos, en las memorias y los recuerdos dolorosos de tantos y tantos hombres y mujeres, obliga, con imprudencia en ocasiones, a traer a colación lo voluntaria o involuntariamente olvidado o marginado. Cómo explicarse si no ese quehacer irreverente, ese inmiscuirse en la correspondencia íntima o pública, en los archivos personales o institucionales; tarea en ocasiones indiscriminada que viola los tiempos pasados, olvidados o postergados.

Resulta caduca la Imagen del historiador encerrado y protegido por las cuatro paredes de su gabinete de investigación; atiborrado de libros en un espacio incómodo e inadecuado, aislado del mundo, cubierto casi hasta la asfixia, en extraña complicidad con una infinidad de papeles empolvados; ese sujeto pensante que se pasaba la vida leyendo para ubicar finalmente algún dato, fecha o nombre, o para descubrir los misterios de un hecho pretérito que convertía en trascendente a fuerza de golpearlo y volverlo a moldear con su sapiencia.

Hoy día la realidad presente nos obliga a salir del cubículo universitario, a quitarnos los guantes y pinzas con que generalmente se manejaban los temas históricos y a adentrarnos en nuestro mundo, en la historia de hoy, vívida y palpable, la más próxima a nosotros, de la que podemos echar mano, y en la que incluso podemos participar o influir directa o indirectamente. A ese historiador sabio de antaño, viejo y desgastado por el paso del tiempo, debemos sustituirlo por el dinamismo del hombre partícipe e integrante de su sociedad en cambio continuo, que tiene que buscar

no una sino todas las formas de comunicar su trabajo de investigación.

Y aquí quisiera insistir en que comunicar no significa en modo alguno escribir o redactar inmensos ladrillos de información sin depuración alguna, generalmente imposibles de ser leídos a menos que se precie uno de ser otro especialista o sabio colega. Hay infinidad de volúmenes escritos para las minorías, libros que jamás fueron accesibles para las mayorías, que con respetuosa distancia se podrían quizás hojear, pero no leer.

En realidad, comunicarse significa buscar, luchar y encontrar las formas de transmitir el conocimiento histórico al que hemos llegado. Significa encontrar día a día, nuevas y mejores formas de devolverle a la sociedad su propia historia escrita. Significa entregarle en libros, filmes, radio-comunicaciones, documentales, etc., aprovechando todo el desarrollo de los medios masivos de comunicación, los procesos de los que el historiador se apropió temporalmente, para estudiarlos, analizarlos y evaluarlos. Es en este complejo acometer, en esta ardua tarea en la que radica la esencia misma del compromiso del historiador y en la que desempeña un papel determinante su propia concepción ideológica y el reconocimiento de la deuda que ha contraído con sus congéneres al tomar "prestada" la materia prima con la cual construye su visión histórica.

Esta es pues la labor última del historiador: la de la comunicación con su mundo, la de revivir una, mil historias que sirven de herramienta para que la toma de conciencia colectiva desemboque en el proceso liberador colectivo. No cabe duda que el historiador debe mirar en torno suyo, conocer "por dentro", en sus mismas entrañas, la historia presente. De este observar cotidiano, de estas experiencias actuales, reunimos los elementos con los cuales podremos reconstruir el pasado. Y en todo ello, en la tarea diaria, constante y comprometida, se da en definitiva el discurso político del historiador consciente de su posición de clase.

Hoy día no nos preocupan ya las historias basadas en hechos históricos llamados transcendentales, en grandes acontecimientos, en grandes hombres, en la grandeza específica de ciertas circunstancias, por el contrario nos preocupa com-

prender y dilucidar las estructuras y las coyunturas que conforman a la sociedad. Nos interesan los procesos tanto en sus momentos singulares, como en aquello que les da la característica de perdurables. Y en ello, en este empeño, parece que hemos dejado atrás la vieja historia, la historizante, la episódica, crónica o narrativa. Ya no podemos detenernos sólo en los hechos históricos, sino que debemos buscar las motivaciones, las causas que elevan a cambios, sean ordinarios o significativos.

Aquel propósito de diseccionar la vida de los hombres sobresalientes o de los representantes de las élites (entendiendo a éstas como las minorías que se colocan, o las colocan, por encima del resto de la sociedad en una posición preeminente), parece hoy día anacrónico, pasivo e inerte.

Por contra la historia contemporánea, ese quehacer del historiador de nuestro tiempo, parece mostrar especial inclinación por lo que se ha dado en llamar historia social, en la que el hombre común se convierte en el quid de la acción cognoscitiva y analítica. Aquí, repito, la historia adquiere características de herramienta para enriquecer y fortalecer la capacidad de comprensión y de crítica, presuponiendo en consecuencia, una participación más activa y directa de todos: historiadores e historizados. La historia reviste entonces una cualidad activa y dinámica, que a medida que nutre y alimenta el conocimiento, permite presentar una fundamentación más sólida en lo teórico y conduce a entender la historia en su misión ético-política de rescate de aquello que en el pasado puede justificar y explicar nuestro presente.

64 Lo que planteamos aquí, sin duda alguna, es la concepción de una historia extramuros, que se escapa a la cátedra universitaria, al cubículo del científico, para tornarse en una labor progresista, sin negar en ningún momento el valor determinante del planteamiento metodológico que decanta en ocasiones en una franca actividad política.

Así la historia adquiere entonces su dinámica propia. Deja de ser —como advertíamos antes— historia de la clase dominante y surgen otras alternativas, vislumbrándose en su esencia, posibilidades o cualidades promotoras del cambio. Siempre quedarán sin embargo los problemas tradicio-

nales que se encuentran en todas las historias, desde las más convencionales hasta las más progresistas. Hay que delinear los trazos del trabajo, el marco teórico, la periodización, y la tan traída y llevada objetividad histórica. Sabemos de antemano que esta última, como ideal del historiador, parece inalcanzable porque todo trabajo histórico muestra una selección y una determinación previas. Es obvio que el historiador tiene una visión particular, y que invariablemente llega a juicios de valor sobre hechos entendidos como históricos.

Pensar en una historia activa, al aire libre, realizada eminentemente como trabajo de campo, no mengua el rigor metodológico que debe imperar en todo trabajo histórico. No limita, ni disminuye el valor del conocimiento previo del devenir histórico, ni del discurso social o político imperante. Sin duda el historiador necesita de los hechos; necesita recurrir a todos los materiales que le sean accesibles: periódicos, revistas, memorias, autobiografías, etc. Pero falta ahí algo, que sin crear una dicotomía entre las diferentes fuentes primarias, rescate otra esencial y a veces marginada: la fuente personal, el testimonio. Este testimonio individual, sujeto a los juicios de valor y de distorsión de aquel que relata su propia vida, adquiere características singulares y substanciales con las que debe contar el historiador.

Con este tipo de fuente directa, se crea y enriquece el instrumental de trabajo del historiador. Y generalmente en esta búsqueda de fuentes directas, de primera mano, llegamos a encontrarnos con que el testimonio de las masas, de los hombres "pequeños", de los "sin historia", ha permanecido injusta aunque explicablemente olvidado.

Estos hombres que constituyen las historias anónimas, los andamios del desarrollo de los pueblos, aparecen como la tramoya en los textos a los que hemos aludido anteriormente, los oficiales. Sin embargo en raras ocasiones podemos decir que estas historias escritas por encargo, o por contrato, son comprensibles para la mayoría, y son precisamente esas mayorías las que requieren la atención, el interés y el respeto del historiador.

Allí es donde enfoca su función principal la historia oral, como rescatadora, salvaguardadora y exaltadora de todo lo

que significa la historia viva, la historia de las masas. De otra suerte, al olvidarnos de este hombre común, por la insistencia en ensalzar a la clase dominante, por recrear los procesos históricos en función de unos cuantos hombres o de hechos definidos ya como acontecimientos, caemos en una posición francamente parcial y maniquea.

Destacar la importancia de una historia de los "sin historia", es también exponer el problema de la historia que se hace y la que se escribe. Es profundizar e intentar acercarse al abismo existente entre el historiador y las masas y es finalmente buscar el hilo conductor que permita destacar la acción histórica del pueblo, así como el quehacer que tiene el historiador para contribuir a una toma de conciencia colectiva.

Si la historia es algo más que hechos sobresalientes, si es también la reflexión sobre la vida cotidiana, sobre el hombre cotidiano, si es y debe ser la interpretación de lo que le sucede al hombre común, justo es que al escuchar la historia de estos sujetos, narración sencilla y desprovista de sofisticación, contada por ellos mismos, a su manera, en toda su capacidad interpretativa, nos detengamos a analizar el patrón de valores que rige su vida, la forma en que ellos se ven a sí mismos en su sociedad; cómo sienten el mundo extraño a ellos, e incluso cómo nos perciben a nosotros, historiadores o intrusos de su intimidad. Ellos mismos, sin duda, al escucharse, harán balances, evaluaciones, y se obligarán voluntaria o involuntariamente, a tomar plena conciencia del proceso histórico que les toca vivir.

Este rescate de la memoria individual y colectiva, esta búsqueda de la cotidianidad y de la interrelación entre el pasado y el futuro a la luz del presente, permitirá llevar a sus últimas consecuencias la interrogante del por qué de los procesos evolutivos y revolucionarios.

Podría pensarse en una rebeldía o complicidad compartida, en que los protagonistas y los historiadores se asocian para tomar conciencia y hacer conjuntamente "su historia", la que les resulta real y verdadera, en que quieren buscar su sitio frente a la otra historia, la escrita, la "cultura", hecha por extraños a su mundo. Esto es, a fin de cuentas, el propósito de una historia viva, una historia oral que conforme historias de masas.

En la historia oral, al grabar a los testigos presenciales de diferentes procesos históricos, el historiador, en su función de entrevistador, inquiere a la "historia viva": el entrevistado, y así unidos, se abocan a la tarea de revalorar el pasado, insertando la comunicación directa de quienes han hecho la historia, con quienes pretenden dilucidarla.

Se establece pues una relación social a todas luces única, que genera a su vez una serie de expectativas y plantea sus propias reglas de ética, privacidad, intimidad e igualdad para ambos: historiador e historiado.

Es indudable que la relación social generada durante la entrevista de historia oral afecta de manera directa al material producido en aquella, pero esta dinámica se da también en otras fuentes. Ello obliga a reconocer que como toda fuente —directa o indirecta— tiene limitaciones de subjetividad, parcialidad, u ocultamiento de información.

No puede negarse por otra parte el papel fundamental que la historia oral desempeña para elaborar una historia social. Si en esencia lo que nos interesa es el hombre, no sólo como potencial político, como agente de cambios económicos o de la organización social, sino como el resultado último de un comportamiento interpersonal de los mecanismos sociológicos, de sus intereses, de sus ideas, etc., el rescate de sus experiencias y vivencias abren infinidad de caminos y de combinaciones hacia una conclusión histórica más sólida.

De cierta manera, el papel que juega la historia oral es humanizar la historia al preocuparse por el protagonista, sujeto de la historia, que relata o rememora su participación directa. Esto es: al nutrirse de esa memoria de la actividad personal, se logra conformar —con método y disciplina particulares— una historia hecha por ellos, para ellos, impidiendo que se salga ésta del contexto mismo de su acontecer, o sea, que al construir una historia, llamémosla tradicional, se les despoja del privilegio de encontrarse y comprenderse en los textos. Al generar una literatura testimonial, construyendo nuevas fuentes y contribuyendo con nuevos recursos de reflexión, se cumple con la condición esencial de la historia oral.

Parecería entonces que la historia oral no necesita justificación y menos aún defensa específica. Entendemos sin embargo que esta forma de historiar implica peculiaridades y características que la definen en particular. Es fundamentalmente el propósito de recrear los procesos históricos mediante la comunicación directa del hombre que los ha vivido, de acuerdo con sus luces y real entender.

Aquí cabría volver a advertir que de antemano se acepta la relatividad de *su* verdad y las limitaciones, consecuentes a *su* subjetividad. Pero si acordamos que no existe lo absolutamente cierto o lo absolutamente falso, de cierta manera podríamos concluir que es imposible, en historia, hacer referencia a lo "absoluto", porque ello implica que todo hecho se convierte en estático y estéril, y que la tarea interpretativa de la historia, siempre relativa, siempre en cambio constante, no tendría sentido.

Así la historia oral enriquece o complementa un material ya existente, sin pretender variar o arrasar de manera total el conocimiento previo; se trata más bien de replantear este saber a la luz de nuevas posibilidades.

Quizá con ello también se logre cambiar la imagen del historiador, estudioso de los "documentos" del ayer, a quien hasta muy recientemente le estaba vedado el campo del presente, de uso exclusivo de los antropólogos.

Demandar la historia del hombre común, demandar el rescate de su testimonio y de su deambular por la historia, implica también, indudablemente, la demanda y el compromiso de análisis y autoreflexión por parte del historiador. Este no puede ya contentarse con sólo recoger información, sino que debe valorarla, ver el pasado con los ojos del presente, en función de la problemática actual y con proyección hacia el futuro.

Si la comunicación del conocimiento histórico ha estado generalmente restringida a algunos grupos privilegiados (en cuanto a escolaridad y nivel cultural), resulta que los verdaderos hacedores de la historia se encuentran injustamente despojados de ella. Y aquello que por derecho propio les corresponde, su historia, se les "devuelve", elaborada o disfrazada de tal suerte que, en aras de la cultura o del academicismo al servicio de intereses específicos, les resulta desconocida.

De ahí que, sirviendo a propósitos minoritarios, en ocasiones se relata un pasado anecdótico y elitista, un acontecer enajenado de las mayorías que contradice en esencia el propósito inmanente de la historia, provocando una no-historia o una anti-historia.

Queda entonces la ulterior decisión de considerar la necesidad de una historia colectiva, motora y promotora de cambios. Concientizadora de realidades y de alternativas. Historia que comunique y que contribuya al proceso dinámico de la liberación. Por ello se insiste nuevamente en que el historiador no vive aislado o marginado de la historia, sino que forma parte de la misma y por lo tanto, participa y se involucra en ella.

Involucrarse se traduce entonces en el compromiso directo de conformar y proporcionar a las masas los medios de comunicación que le sean adecuados para asir su propia evolución histórica.

Se trata de que el historiador sirva de intermediario entre las masas y su propia historia. De que el hombre común tome la palabra, exprese según su sentir, su entender, aquello que le parece importante conservar o preservar. Se trata pues, de lograr una interpretación distinta, con un propósito ideológico bien definido.

BIBLIOGRAFIA

- Carr, E. H. *¿Qué es la historia?*. Barcelona, Seix Barral, 1978. (Biblioteca breve).
- Croce, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960. (Colección popular).
- Chesneaux, Jean. *¿Hacemos tabla rasa con el pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. México, Siglo XXI, 1977.
- Passerini, Luisa. "Conoscenza storica e storia orale. Sull'utilità e il danno delle fonti orali per la storia". En: *Storia orale. Vida quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne*. Torino, Rosenberg & Sellier, 1975.